

Coordina:
Eduardo G. RICO

El libro de la semana

Fernando Poblet: «Tú serás Baudelaire»

EDUARDO G. RICO

SUCEDER que en las primeras páginas de las revistas y los suplementos literarios siempre aparecen con hipertrofiados caracteres los nombres de los mismos escritores. Hay toda una mitología, con su propia jerarquía: cualquier lector la recitaría con la misma facilidad que la lista de los reyes godos, según el tópico que tan bien nos viene en estos casos. Cuentan como factores del fenómeno los agentes literarios, las editoriales y las relaciones personales de los autores. No niego que cuente también, como elemento favorable, la calidad.

Pues bien; no por originalidad, sino por justicia, figura en esta primera página una auténtica y que yo sepa desconocida obra maestra: un breve libro de memorias que ha editado Noega en Asturias y que aquí no hemos visto comentar. Y esto lo digo porque me ha costado mucho trabajo encontrarla en Madrid. En la primera librería de España, la de mayor envergadura, uno de sus informadores me dijo: «Ese libro nunca ha llegado aquí; vuelva usted dentro de unos días». Rebusqué en la misma librería y lo encontré escondido en una esquina; esto sucedió no hace más de una semana.

- El libro se llama «Tú serás Baudelaire» y su autor es Fernando Poblet. Me habían hablado muy bien de esta obra pero ¡en Asturias! Me pregunto por qué esta falta de comunicación. Y protesto.
- He tenido relaciones

de amistad con el autor durante un cierto espacio de tiempo, no muy largo. Las trunció, seguramente, una gestión que hice en favor suyo, gestión que fracasó. O quizá la distancia, el «no verse nunca» de la gran ciudad. El otro día me dijeron que a través de la radio, de Radio 1, en uno de esos programas-rey, Fernando Poblet me había asestado una punalada. Esto es también frecuente en la sociedad literaria y no le di mayor importancia. Cuando uno tiene, por oficio, una imagen pública, por modesta que sea, se expone a peligrosísimos elogios y asimismo a una cuchillada. Hay que estar muy curtido para resistir ambas clases de agresiones.

- Digo esto con toda claridad para que se vea que el juicio que sigue no está condicionado por estos hechos menores, aunque frecuentes. He aguantado al-

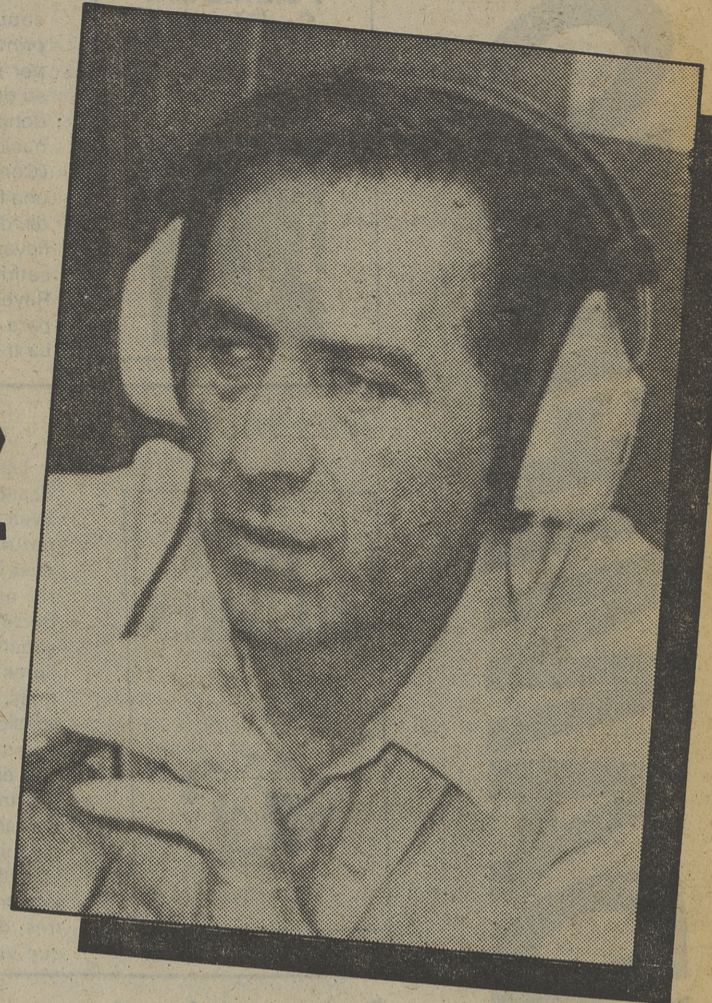
banzas inmoderadas y calumnias, bochornosas para sus inventores. En ningún caso se interfirieron en mi trabajo crítico e informativo.

- «Tú serás Baudelaire» me parece, en primer lugar, un libro necesario. Nadie ha descrito con tanta franqueza, ni con tanto desenfado, sus recuerdos de los infelices cuarenta. Las novelas y las memorias de entonces se deben, en general, a «señoritos» de buen vivir en un contexto social miserable. Es un buen comienzo el de Fernando Poblet: contar las cosas como fueron,

en el que transcurrieron su infancia y adolescencia. Hay datos comunes —esa insistente Diana Durbin—, convenciones pequeñoburguesas compartidas y soportadas en forma de instituciones —la costurera, el maestro, la primera comunión, los procedimientos represivos, la Iglesia— o de costumbres: las marcas de tabaco, los viajes, los gitanos en el pueblo... Hay una valoración de los sentidos, especialmente de los olores (debe vivirse en el campo para comprenderlo). Abundan las expresiones de sadismo que no constituyen a

mi modo de entender más que reacciones frente a un sufrimiento sostenido.

- Pero lo más sobresaliente de esta breve narración reside en su estilo; parco, sobrio, sintético, para mí magistral. No busca el autor recrearse en elementos fonéticos organiza las escenas con un lenguaje estricto, donde no sobra ni falta nada. De un solo golpe, en cuatro líneas, arma un paisaje, un entramado significativo, toda una sociología. En ocasiones lo consigue por medio de una simple enumeración de personas y cosas. En otras, sirviéndose de un sarcasmo resolutivo. A veces, por exacta adecuación del ritmo del relato.
- Repito: «Tú serás Baudelaire» es un libro que jamás leerán los críticos oficiales, esos que crean figuras o las destruyen con la misma comodidad. Aquí quedan mi rápido análisis y mi modesto testimonio.



● Un breve libro de memorias, auténtica obra maestra

Ecología y literatura

El renacimiento del pos-sesenta y ocho

A. SABUGO ABRIL

Los muchachos del sesenta y ocho cambian el mundo a su manera; fundando una revista literaria-ecológica o levantando una poesía nueva, de zoologismo y florismos, sobre los viejos tópicos de la retórica antigua y la poética de siempre. La metáfora de ahora mismo consiste en que un posible poeta de vocación, se hace ingeniero de montes para salvar a las encinas, los pinos y los chopos; o biólogo de prismáticos, anillas y libreta, que estudia el paso de los ánades y el amor de las lechuzas.

La poesía antigua de juegos florales y rosas, tan poco naturales, se ha marchitado. Los ecologistas aparecen como poetas de

la praxis, antes que de la poesis. Los antiguos poetas, y no sólo los poetas, habían terminado con todas las rosas del mundo, los

álamos, el cielo, las montañas, las fuentes, el agua y el aire. Los ecólogos vienen a poner cada palabra y cada piedra en su sitio. En el principio fue la tierra. ¿O el agua? Enseñan que la verdadera poesía es la misma piedra, el árbol, el pájaro, el aire, en una ascensión lírica, tan del gusto juanramoniano. Utópicos y soñadores, les dicen a los escritores de cuatro tenedores, y chimenea en la sierra, que no es posible salmodiar a una grulla a la naranja o al amigo roble, en brasas sustentado.

Los floristeos acabaron con todas las rosas, y si les

dejan, hasta con los tulipanes que el Ayuntamiento, lírico o irónico, planta por Recoletos, en los alledaños del café Gijón. Los floristeos se llevaban una rosa de hasta cincuenta mil pétalos y el honor de bailar con la más fea. Luego los urbanizadores vendieron encinas y peñascales a miles de ilusiones el metro. Contra la caducidad ciudadana, ofrecieron el paraíso. (Que cada cual pusiese su manzana, su guinda o Evita inevitable). Pero un día, los muchachos del sesenta y ocho, que se sabían de memoria a Cernuda y Aleixandre, a Neruda; también

a Juan Ramón y Vallejo, a Hölderlin y a Rilke, a Sartre y a Marcuse, dejaron sus estilográficas de bola (alguien llamó así a los bolígrafos) en los pupitres de la Universitaria; y salieron al campo a las calles, con bufandas verdes, azadones, palos, arbolitos en mantillas, cintas métricas, poemas, canciones, pájaros liberados de la red del cazador, pegatinas de osos pandas y madroños que repoblar. Pregonaban un nuevo orden universal. La paz, que se escribe con un pino de Balsain. Si alguien dijo que la poesía era azul, los ecologistas vienen a de-

cir que la poesía es verde y la revolución también. (La evolución, ya lo sabía Darwin, se pararía el día de los misiles, cuando la tierra se quedase helada de miedo.) Ya estamos en la era quinquenaria, por lo demás tan parecida a la primaria. Los ecologistas con un abejaruco en la mano, tocando la flauta pastoril de la antigua inocencia, nos demuestra que la belleza todavía es posible.

Cuando los poetas caducos escriben al cubo de la basura, a las suelas de los

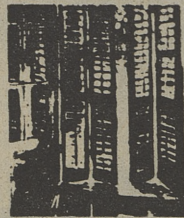
(Pasa a la cuarta página)

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Una familia

«Confidencias a gritos», de Ramón Folch y Camarasa. Editorial Planeta.

Ramon Folch
i Camarasa
Confidencias
a gritos



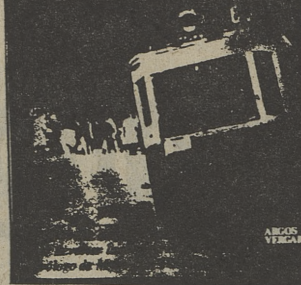
No es precisamente «nuevo» este escritor catalán. Una docena de libros, publicados en su primera lengua, atestiguan una calidad avalada por muchos premios y una amplia audiencia en su tierra. Hoy, Folch y Camarasa vive en Ginebra, donde presta servicios en una organización internacional. La novela de la cual hoy damos noticia, «Confidencias a gritos», constituye la historia de una familia grande, muy extensa, bien cohesionada, de esas que, diríamos con el pueblo, ya no se llevan. Se lee la obra con gusto por su potencia satírica y por su humor, claves que la definen. Revela, sobre todo, el virtuosismo de un escritor para el cual la literatura no guarda ningún secreto. La traducción, elogiada, es de Mónica Maragall.

Una crónica necesaria

«Crónica del antifranquismo», de Fernando Jáuregui y Pedro Vega. Argos Vergara.

FERNANDO PEDRO
JÁUREGUI VEGA

Crónica del antifranquismo



Sin perjuicio de que le dediquemos, en otro número de «Iluminados», un análisis más extenso y detenido, anunciemos aquí, hoy, la salida de «Crónica del antifranquismo», de los periodistas y escritores Fernando Jáuregui y Pedro Vega. Esta es la primera parte de una obra de mayor envergadura, que abarcará hasta la muerte del dictador. La otra España, la del silencio, la lucha y la clandestinidad o el exilio, está aquí presente: los hombres que combatieron al franquismo desde 1939 a 1962, los hechos más relevantes de este proceso, los pactos, las divisiones entre las distintas fuerzas, los cambios de estrategia. De «aportación historiográfica de primer orden» califica a la obra de Vega y Jáuregui su prologuista, Manuel Tuñón de Lara.

Tres mujeres

«Tres mujeres», de Frederik Hetmann. Editorial Alfaguara.

TRES
MUJERES



Las tres mujeres del libro de Hetmann son desigualmente conocidas: Una de ellas, Simone Weil, muy famosa entre nosotros y aún más, naturalmente, en su país, donde todos los «grandes» la han recordado en su época de universitaria un poco mística. Las otras, menos: Isabel Burton y Karoline von Gunderode. De la primera sabemos muy bien, y algunos hemos leído sus libros hace años publicados por editoriales argentinas, la historia de lo que podríamos llamar su «pasión»: Burguesa de origen, se convirtió a un anarquismo radical, heterodoxa desde muy joven con el hecho religioso y hereje extremosa en el movimiento obrero francés. La otra, esposa de Richard Burton, un historiador del siglo pasado que hizo la guerra de Crimea. La tercera, Karoline, una romántica que nació en el XVII y se quitó la vida tras haber considerado su fracaso total. Las tres, de gran personalidad y ninguna tiene nada que ver entre sí. Un libro interesante.

¿Máquinas con conciencia?

«Cibernética de lo humano», de Luis Ruiz de Gopegui. Fundesco. Tecnos.

CIBERNÉTICA
DE LO HUMANO

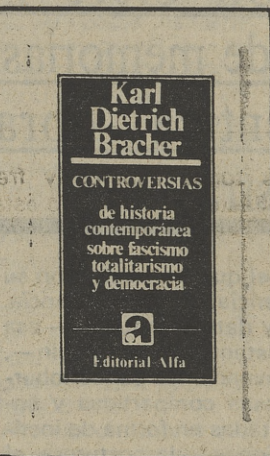
EL MUNDO DE GOPEGUI



Ya está el problema sobre el tapete. El autor se pregunta: «¿Se darán cuenta algún día las máquinas de que existen?» Una cita de Aurel David, de 1962, sigue planteando la incertidumbre: «Nunca deberíamos decir, si no queremos provocar la risa algunos lustros después, que esto o aquello jamás podrá ser realizado por una máquina.» Sobre esta base, Luis Ruiz de Gopegui desarrolla una argumentación a todas luces válida, apoyándose también en el profesor Danto, de Columbia: «Podría argüirse que ni siquiera los cerebros humanos son conscientes. Conscientes son las personas y las personas tienen cerebro.» Y una tercera cita elocuente de Michael Arbid: «No pensemos que estamos reduciendo al hombre a la categoría de máquina. Admitamos más bien que estamos elevando a las máquinas al nivel del hombre.»

Sobre el fascismo

«Controversias», de Karl Dietrich Bracher. Editorial Alfa.



Este trabajo del famoso politólogo alemán, profesor en la Universidad de Bonn, se llama justamente «Controversias», porque controversias, y muchas, ha de suscitar su lectura. Parte Bracher de un nuevo análisis y, por tanto, de una nueva definición del fascismo, del totalitarismo, de la democracia, de Hitler y hasta del anticomunismo. Relaciona los problemas de ayer con los de ahora mismo, partiendo de los tiempos de la República de Weimar. No hay duda de que se verá contradicho el profesor en muchas de sus definiciones, pero sobre todo en el intento de hacer perder el miedo a la consideración del anticomunismo, tratando de exorcizar la palabra y, por tanto, dando viabilidad teórica a una nueva «guerra santa». Tiene el libro el interés de mostrarnos, según la visión del autor, la situación de la democracia en la Alemania occidental. Libro para discutir.

La realidad de las ideas

«Las ideas contemporáneas», de Jean Marie-Domenach. Editorial Kairós.



Jean Marie-Domenach es un conocido publicista francés —aplicamos el término en su sentido etimológico estricto y de acuerdo con el diccionario, en contra del abuso que de él se hace como corrupción de la palabra «publicitario»— que utiliza, para desarrollar un tema tan complejo como el que se ha propuesto —nada menos que un inventario de las ideas de hoy— un método que permite al lector la plena accesibilidad a sus razonamientos. En estas páginas, y escritos con lenguaje sencillo, hay análisis sobre los historiadores nuevos, sobre los también «nuevos» filósofos, que tanta guerra inútil han dado, sobre las relaciones entre Lacan y el freudismo, sobre la sociobiología, hoy tan de moda, sobre la supuesta crisis del marxismo, justamente en el centenario de Carlos Marx. Un libro recomendable.

La España negra

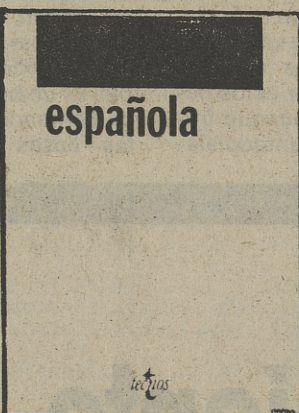
«La reliquia», de Germán Sánchez Espeso. Plaza y Janés.



Desde hace muchos años —desde que publicó su primera novela—, Germán Sánchez Espeso se viene mereciendo una mayor atención por parte de crítica y público. Novelista inteligente, dominador de la lengua, en «La reliquia» (título con precedente literario ilustre) se vuelve a la época de Felipe IV, siglo de oro para el arte y la literatura, siglo de miseria para el sistema convivencial español, con su picaresca y sus terrores. La narración de Sánchez Espeso se centra en cierta característica física de un personaje, y levanta en torno a él todo un mundo social, cruzado de incidentes y tensiones y bastante alejado del que nos han mostrado los historiadores profesionales. Es una novela escrita en clave de humor, pero de humor satírico o, mejor, de humor negro. Tiene una doble lectura. Parte de la sátira alcanza al mundo en que vivimos hoy.

Quinto aniversario

«Constitución Española», preparada por Luis López Guerra. Ed. Tecnos.



Esta semana en la que escribimos se ha conmemorado el quinto aniversario de la Constitución de 1978. Dentro de su colección «Biblioteca de Textos Legales», Tecnos nos ofrece su texto con un prólogo muy documentado y elocuente del catedrático Luis López Guerra, de la Universidad de Extremadura. El autor del prólogo explica muy bien en el inicio que «persigue facilitar la consulta del texto constitucional en relación con otras disposiciones». Comodidad de consulta, para el autor no consiste en «simplicidad o facilidad a la hora de apreciar el significado de los textos constitucionales». Es necesario, según López Guerra, poner en relación esas normas con el ordenamiento en su conjunto, ya que, por sus mismas limitaciones la Constitución ha de remitirse a normas y disposiciones de otro rango.

Cuentos para todos

«El tío Popoff vuela a los árboles», Austral Juvenil. Espasa-Calpe.



¿Quién es el autor de toda una serie de libros dedicados a los adolescentes y que firma Janosch? Tiene cincuenta y dos años; nació muy cerca de la frontera de Polonia; escribió cuentos desde pequeño, imitando a su padre, que era cazador de osos y cuentista. Fue cerrajero por libre; luego, obrero en distintas fábricas, hasta que se entregó de lleno al oficio de escribir, en el que ha cosechado éxitos importantes. Por su trabajo literario recibió el premio alemán del Libro Infantil Ilustrado en 1979, el de Cultura de la Ciudad de Munich, etc. El dice con ironía que escribe porque necesita comer. Janosch es asimismo el autor de las ilustraciones de sus libros. Austral Juvenil nos ofrece esta obra en una edición tipográficamente acorde a sus verdaderos destinatarios, y, en mi opinión, muy bien conseguida.

Viaje a través de Goya

«Imagen de Goya», de Valeriano Bozal. Editorial Lumen.



Entre los críticos de la generación del 60, en materia de artes plásticas, ha sobresalido Valeriano Bozal. Más que crítico a secas, y fuera del lenguaje técnico que aleja a estos especialistas del posible público, Bozal no separa el tema central que aborda de su contexto. Tal es el caso de esta «Imagen de Goya», que nos ofrece en la colección Palabra, en el Tiempo de Editorial Lumen, libro en el cual realiza una incursión en profundidad en la pintura de Goya, su mundo personal y su tiempo. La obra constituye una reelaboración de la tesis «Goya y la imagen popular del neoclasicismo al romanticismo», leída en junio de 1981 por el autor, y hay también en su contenido parte de un curso monográfico impartido por Bozal en el curso 81-82.

Sin secretos

Romance para canonizar a un genio

Una vez más la autodenominada «Academia Española del Desastre» nos proporciona una muestra del buen humor de que ya otras veces han hecho gala sus componentes. Dicen que «No responden de nada ni ante nadie». Fernando Arrabal sigue siendo el objeto de su sátira. Le llaman «San Fernando Arrabal», patrón de las inundaciones. Reproducimos las coplas redactadas en común por los «académicos». Al menos, ninguno de ellos las firma.

Santos Gervasio y Protasio y hermano Pantaleón, rogamos vuestros favores para enhebrar la relación. Distinguida concurrencia, humildes y poderosos, mucha atención y sosiego rogamos a los marchosos. Arrobados de contento, os venimos a anunciar que ha brotado entre

[nosotros una flor de santidad. La descubriremos presto, os pedimos mansedumbre, fuera envidias, fuera [cuentos, alabad, como es [costumbre.

Arrabal en este siglo, conocido por Fernando traspasando la frontera a París se fue zumbando.

Con pánicos entremeses y arengas luciferinas, asombraba a los franceses como se asombra a una tina.

Convencióslos su talento de que en España no había ni toros, ni los de Trento, ni caballos de Pavía.

Opositó a los altares,

y en la España peregrina hizo tristes malabares para estar en la hornacina. San Fernandito Arrabal tiene la barba entrecana y un cerebro que funciona como muchísima camama.

Es gigante en humildades, limpio está de [frustraciones; eso a nosotros nos suda los mismísimos melones.

Para talento, Beltrán, para jacobino, el Guerra. Dalí para comerciante, Arrabal, santo de mierda.

Bien puede decir que ha [visto cuanto en el mundo hay [que ver, quien ha visto a Arrabal loar a Dios y a CNT.

Es voluble y obcecado, ajedrecista famoso, se caga en Dios y en la [Patria, y en el calzón, por miedoso.

Pero luego se retracta en juzgados de instrucción, y nos pide vaselina, ¡oh, viva contradicción! Comunista arrepentido, anarquista de ocasión,



San Fernando Arrabal (patrón de las Inundaciones)

(Coplas portentosamente leídas al trasluz de la ampolla que contiene el milagrosísimo plasma sanguíneo de San Pantaleón. El último día en que tuvo lugar su tradicional y maravillosa licuación, en Madrid). (La ACADEMIA ESPAÑOLA DEL DESASTRE no responde ni del fenómeno, ni de la autenticidad de las mismas, puesto que no cree en la historia, en la parapsicología ni en el «qué dirán», y mucho menos en los dones y atributos de la supuesta persona a la que pudieran hacer referencia. La AED, por lo demás, no responde de nada, ni ante nadie).

es un facha reprimido de primera división.

Escribió a Franco una carta, en vida del dictador; ya pedirá que lo eleven a la diestra del Señor.

Cuando al cruzar la aduana a todo el mundo asombró, quiso triunfar en España y España no se dejó.

Este ilustre españolito, suspenso en psicología, ignora que el personal en España no se fia.

De gabachos convertidos, que dicen tener memoria, sólo queremos los huesos, bendecidos pa la olla.

Por mártir y virtuoso, aquí sus glorias cantamos; el Arrabal es un santo, eso no se lo negamos.

Entronicemos ahora a este varón de secano, si se tapa las vergüenzas con un dedo de la mano.

Pues es enorme prodigio que, escribiendo por la [noche, se la aparezca la Virgen a este solemne fantoche.

La Academia del Desastre tiene a bien canonizar a este insigne botarate con albarda y con bozal.

Españolitos de a pie, señorones de a caballo, postrémonos a sus ancas: ¡es un santo de carallo! Y bajo su patronazgo y molona advocación, colocamos a los ríos, toda peste e inundación.

Lo mismo ateos que fieles, advenedizos que santos, corran el mundo gritando: ¡oradle, que nos salvamos!

Clementísimo Clemente, papa de Troya y Palmar, tú que eres la comadre del Arrabalero Arrabal.

Te pedimos el infierno, con castañas calentitas, y si asoma San fernando, lo que se da no se quita.

Aquí se acaba la gloria, aquí se calla el juglar; perdone la concurrencia, nos vamos a emborrachar.

Mas la historia continúa de este gran lúcido en [trance, y si le vuelve la pira seguiremos el romance.

Cada semana, un cuento

«El fuego»

por Joaquín Calomarde

JOAQUÍN CALOMARDE, valenciano, 27 años, es escritor y profesor de Filosofía. Escribe en nuestro suplemento de Cultura (Iluminados y Conversos) y en diversos periódicos valencianos: «LAS PROVINCIAS», «NOTICIAS», «INFORMACION», de Alicante, etc... La presente prosa, a modo de grabado impresionista, corresponde al libro inédito de «UNA CLAUSURA IMPOSIBLE (RELATOS)», una especie de ejercicio lírico anticartesiano, leído y escrito, entre otros, a través del prisma de Borges. Ha publicado «EL SUEÑO DE LA IMAGEN» (Edit. Laberinto, Valencia, 1982) y en la actualidad escribe una novela, «PUERTA DEL SOL».



«Tú captas mi imagen, mi apariencia, y yo capto la tuya. Tú no eres yo, ya que tú me ves a mí y yo no me veo a mí mismo. Aquello de lo que yo carezco es ese yo que tú ves. Y a ti lo que te falta eres tú, el tú que yo veo.»

P. Valéry
(Cosas calladas)

EL vaso era simplemente lo ausente, la armonía concebida como pulcritud y cumplimiento. Toda la habitación tenía aquella noche el orden armónico y bienpensante de las casas de la ciudad. Hay algo sigiloso, como de misterio, en que todos los objetos cumplan una perfecta distribución en un espacio al que la costumbre llama habitación. El espacio parece poco a poco decorado por ellos, sometido a sus caprichos, recortando en unas líneas precisas, claras y todo deviene un mundo de siluetas. Las figuras redondas o triangulares, situadas al fondo amarillentas; ajadas por la luz, devoradas por entre sus contornos, atormentadas en sus facciones. El vaso era simple y llanamente lo ausente, porque aquella tarde la luz lo había condenado abiertamente a ser parte oportuna de las sombras. El vaso y las sombras. Todo ocupaba su sitio, todo ordenado, todo perfecto, todo eficaz, todo menos tú, que apareciste aquella noche al fondo de la habitación observando entre torrentes de humo la conversación de Goyo y Noemi. Todo menos tú, que sonreías al verlos enredados en el centro de la habitación haciendo surgir de sus gargantas los consa-



bidos tonos ásperos y frenéticos que ponían de manifiesto su imaginado estado de ánimo. Goyo tenía el pelo rojo, como de fuego, y las pupilas dilatadas, como de enfermo, como de alucinado por algún crisol antiguo. Noemi, enhiesta, morena, con la frente elevada, con la piel rica y turgente como un ópalo. Y a lo lejos, tú, la ausente, tú la escondida, la oculta, la distante. Veías el rostro macilento de Noemi desde tu platea de infortunio y sospechaste de inmediato que Goyo no debía haberlo dicho; sentiste en tu piel el escalofrío rápido y temeroso, como un zarpazo sin sentido, como un bloqueo total de amapolas de tarde y carteles pegados clandestinamente con Noemi, mientras Goyo, risueño y distante, sonoro, fluyente, iba agitándose de extremo en extremo de la avenida, profiriendo gritos y gemidos. Recordabas en el reflejo de la luz la vida ausente, el tiempo de creer, el tiempo de vivir que Aragón cifraba en la recogida de la cereza, ya para vosotros tres tan lejano cuando todavía érais jóvenes. Goyo le susurraba besos a Noemi y tú sabías desde ti que te era imposible acercarte a ese murmullo porque hubieras sido rechazada con brío y fiereza. Goyo temía a Noemi, la deseaba como la tierra reseca al agua, excesivamente, hasta cubrirla de inmundas prendas y solapadas sobriedades y yedras oscuras y hieráticas golondrinas. Tú, como el rayo de un metal cobrizo, atravesabas las paredes cristalinas del vaso y te clavabas fijamente en los ojos plata de Noemi, en las manos de Goyo porcelana que modelaban tu espacio, tu tiempo, tu figura, y durante esos momentos de angustia y nostalgia te encontrabas vacía, como la vasija a medio hacer de un alfarero prehistórico y remoto.

Después, sigilosamente, durante su abrazo, tú, deseosa y cautiva, rompías en mil pedazos las caras del aire y te trasladabas detrás del tocador ocre. Allí, soñabas deslizándote muda en un torrente de signos y lirios. Veías los campos derramados, los torrentes ignotos, las islas plácidas acunadas por el jader estridente y gozoso de Noemi y te sentías viva, repleta, tú. Eran los tiempos de la habitación azul. Cuando Goyo te cubría de flores y fiesta al son de la guitarra de Noemi en las tardes moradas del otoño. Eran los tiempos en que todavía no tenías formas y podías comprender el llanto de Goyo, cuando en la habitación se rompió tu jarrón y nunca más apareció Noemi. Era pequeña, ordenada, cercana, como la carne de una ciruela blanda, como Noemi. Después te acercaste a Goyo y le regalaste lo mejor de tus posibilidades. El no dijo nada; se quedó absorto, callado, y te besó. Tú caíste precipitadamente por entre los huecos de las cuerdas de la guitarra de Noemi y te fundiste, plena, en un abrazo sin tiempo y sin nombre, mientras desde el fondo de aquella luz y de aquel vaso sonreía, amargamente, el rostro amoratado de Noemi.

La editora y escritora catalana, a su paso por Madrid

El discreto encanto de Esther Tusquets

MARY SOL OLBA

Y es que lleva tras de sí el inconfundible aroma de la alta burguesía, esa clase social que se le refleja tanto en una seguridad absoluta en sí misma como en ese aspecto físico atemporal y bien cuidado, que todavía conserva sobre la piel un tenue —y discreto, claro— bronceado obtenido en quién sabe cuál de las estaciones de esquí de moda.

Es Esther Tusquets una mujer de edad indefinible, diluidos los rasgos de la vejez convencional en esa intangible atmósfera que rodea a las personas satisfechas de sí mismas. Escritora tardía —empezó a escribir cuando casi bordeaba la frontera de los cuarenta años—, tiene cuatro libros en su haber y es alma de Lumen, una de las editoriales que más ha tenido que decir (o que publicar) en el panorama editorial español de los últimos años.

—Siempre pensé que algún día haría una novela. A los treinta y ocho años empecé a escribir, realmente como tantas otras veces, pero con la diferencia de que, en esta ocasión, me propuse llegar hasta el final, fuera como fuera el resultado y aunque no me gustase nada lo que me estaba saliendo. Y lo hice. Esta primera novela fue bastante laboriosa, sobre todo porque tuve que disciplinarme en la idea de que iba a seguir y a terminarla. Luego ya no fue así, los tres libros que siguieron los escribí con mucha más facilidad.

Su primer libro fue «El mismo mar de todos los veranos». Le siguieron, completando la trilogía, «El amor es un juego solitario» y «Varada tras el último naufragio». El cuarto —y último por el momento— es un libro de cuentos. Los títulos de sus libros son especialmente sugerentes, marcados por un hondo contenido poético.

El juego de los endecasílabos

—Todos son versos endecasílabos. Esta manera de titular nació un poco como juego y además sobre la marcha, de una manera impensada. Como muchas de las cosas que yo hago, que empiezan por ser un juego o una casualidad. El título del primer libro ni siquiera lo elegí yo, lo hizo mi amigo José Batlló, quien me marcó otros posibles títulos como alternativa al que yo tenía, que era «Wendycreción». De todos los que me sugirió, este de «El mismo mar de todos los veranos» fue el

que más me gustó. Y así empezó todo.

—De modo que lo que nace por casualidad se le convierte después en una costumbre, y esto es también extensible a su quehacer editorial.

—Muchas veces las colecciones o las ideas que luego han dado buenos resultados empezaron por un título de un libro que luego se prolongó, como por ejemplo el primer libro de Ana María Moix, «No time for flowers», que lo edité como un libro suelto pero que luego dio origen a una colección, «Palabra menor», en la que yo he publicado mis libros y que ya tiene cerca de setenta títulos.

—Después de empezar tarde a escribir, Esther Tusquets debió decidir el recuperar el tiempo perdido, porque publicó un libro cada año durante cuatro años consecutivos.

—Cuando escribí el primero no pensaba en la continuación. Pero ya cuando estaba terminando el segundo, pensé que lo que escribía necesitaba una conclusión, un tercer libro que fue «Varada tras el último naufragio». Después tuve ganas de hacer una pausa y cambiar un poco; entonces escribí este libro de cuentos, que es de temática muy unitaria. Porque lo mismo me pasa en las exposiciones de pintura, que me gustan aquellas en que los cuadros expuestos tienen bastante unidad. Y el libro de cuentos refleja un poco esto, porque son siete historias, todas de la posguerra y con la burguesía franquista como telón de fondo para la maduración de una muchacha y su paso de la infancia a la adolescencia. En todos los cuentos se llama el mismo nombre, y aunque tengan características distintas, la base es la misma.

La distancia necesaria para escribir

—¿Qué lugar ocupa en tu obra el elemento autobiográfico, que más o menos soterrado siempre aparece?

—«Algunas personas han dicho que en mi primer libro eran muy evi-



«El juego es sacar los libros que me gustan y encima ganar dinero con ellos»

dentos estos datos autobiográficos, pero pienso que más todavía es el libro de cuentos, entre otras cosas porque al estar escrito con una distancia mayor en el tiempo permite establecer una selección de material que hace que las historias queden constituidas como tales más perfectamente».

—¿Quizá porque se tiene menos temor a herir susceptibilidades?

—«Sí, este es un peligro que condiciona sin duda y que todo escritor tiene siempre en cuenta en el momento de escribir. Yo pienso que sobre cosas demasiado recientes no es bueno escribir porque falta esa distancia, necesaria para que el punto de vista sea más desapasionado, más imparcial. Si yo te cuento una cosa que me sucedió el año pasado, la explicación será muy caótica, porque se mezclarán interpretaciones distintas; en cambio, cuanto más distante sea lo ocurrido, mejor será la narración».

—Esos primeros libros son muy viscerales; ¿te planteas un mayor desapasionamiento en lo próximo que escribas?

—«Si sigo escribiendo, tengo muy claro que daré más importancia al sentido del humor y que procuraré distanciarme lo más posible de lo que narro».

—Antes te referías al juego como algo muy importante en tu vida, ¿hasta qué punto el elemento lúdico está presente en ella, tanto profesional como personalmente?

—La verdad es que me planteo la vida como un juego, pero como un juego tomado en serio. Me divierten mucho los retos y soy competitiva en este aspecto. Quizá me pase un poco manteniendo historias a nivel de juego en aquellas cosas que son muy importantes para mí, como, por ejemplo, la relación con mis hijos. A veces me tengo que frenar.

La verdad es que apostó fuerte a la carta de convertirse en editora, en unos tiempos en que la hija de familia perteneciente a esa alta burguesía catalana tenía suficiente con dedicarse al juego mucho más simpático de representar su papel.

—Llevo veintitrés años al frente de la editorial y, desde luego, nadie pensaba, al principio, que se-

guiría adelante. Yo misma me lo planteaba como un juego temporal y nunca pensé que me iba a absorber tanto tiempo.

No se siente mujer empresaria en absoluto. Habla del funcionamiento de la editorial y dice que «no es para una empresa, sobre todo porque a nivel interior no funciona en absoluto como funcionan las empresas convencionales. La parte comercial la lleva mi padre, y la presión de esta cuestión comercial es prácticamente nula, lo que nos permite hacer el libro que nos gusta y no el que sea más rentable. Esto lo podemos hacer porque ha habido unos cuantos aciertos comerciales, pero básicamente la idea de rentabilidad ocupa un segundo plano. El juego es sacar los libros que me gustan y encima ganar dinero con ellos.»

«El ambiente de trabajo, el modo en que se tienen las ideas de los libros y la forma en que se realizan es artesanal por una parte, e insólita por otra. Cuando digo que es un modo de trabajar distinto, lo digo porque a la gente de fuera le sorprende, quizá porque el mismo ambiente de trabajo ya es diferente. Lo primero que se encuentra la gente que llega es con tres perros que les saltan encima. Pero funciona.»

La entrevista se desarrolla en la trastienda de una conocida librería madrileña. Hay una mesa que tiene tres sillas estratégicamente distribuidas a su alrededor: una, detrás, y dos, encaradas frente a frente. Desde luego, bien se puede decir que es tierra de nadie, pero en el momento de entrar Esther Tusquets, sin dudarlo, ocupa justamente la silla que está detrás de la mesa

despreciando esos dos asientos frente a frente que invitan a la conversación más informal, sin obstáculos de por medio. Es un gesto instintivo que los estudiosos del simbolismo gestual no dudarían en calificar de distanciador y de «toma de posiciones». Claro que hay quien nace para ocupar siempre el lugar que se encuentra detrás de la mesa.

—Desde tu punto de vista como editora y mujer, ¿crees que hay un interés especial hacia las obras de otras mujeres que no tiene el editor masculino?

—Bueno, es indudable que existe una mayor sensibilización hacia determinados temas. Yo me quedé muy sorprendida con un libro que editó de Consuelo García. Antes de leerlo lo di a dos lectores, y en los informes que me dieron no aparecía para nada lo que el libro era o lo que yo entendí que era. Yo pienso que a lo mejor el hombre lee cosas que porque no le gusta verlas y porque realmente no está sensibilizado no se entera realmente de ellas. Este libro concretamente tiene una frescura, una gracia especial cuando ironiza sobre el machismo, que no se reflejaba en la lectura que de él hicieron estos dos hombres, buenos profesionales por otra parte.

Y la entrevista toca a su fin, no sin antes haber especificado Esther Tusquets que la mejor manera en que ella misma se definiría «y sin ánimo de ser petulante, es diciendo que soy muy coherente. No encuentro grandes diferencias entre lo que digo y lo que hago, y esto me satisface mucho, me hace sentirme muy coherente, sobre todo porque en mi entorno no suele ser lo habitual».

El renacimiento...

(Viene de la primera página)

matado a su ciudad gris, a su calle gris, a su casa gris, a su gabardina gris. (Gris-gris-gris... canta el grillo de la monotonía.) Los ecólogos pregonan la revolución verde, la libertad; una utopía, o una estatua, que se desvanece en el mar.

En estos días de diciembre, cuando la Navidad ya es una niebla a punto de caer, veréis a los ecologistas en la ciudad, vendiendo cipreses y pinos en mantillas, para que el ciudadano de asfalto los adopte y tenga un árbol en su casa.

Leeréis sus manifiestos, entre flores de San Francisco de Asís y poemas rilkianos. En las puertas de las iglesias y en las plazas. Os dirán que no salgáis a la sierra, o al bosque, a cortar pinos; que no compréis el acebo de los regalos, alimento de los ciervos en el invierno de nieve. Los ecologistas descubren un alma de poeta. Ya leeréis sus libros cuando la naturaleza esté restaurada. Es el monumento mundial más dañado. La Unesco ya lo sabe. ¿Cómo podría escribir Garcilaso sus églogas, mi-

rando ahora al Tajo, o Machado sus poemas al Guadarrama, a los pinos de Balsain? El Duero ya no es lo que era; ni el Ebro, Pisuerga, Guadiana o Guadalquivir. Y el mar se muere.

El mar no será azul, como escriben los modernistas, ni la tierra verde, como sueñan los viejos poetas de sonetos florales y romances de hiedras postizas, mientras no los salve la nueva poética de los ecólogos, que es el nuevo renacimiento o la vuelta a la naturaleza.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES